

álvaro de la iglesia



libertad de risa

Aunque se esforzaba en disimularlo, se advertía que aquel señor con barba estaba nervioso. Varias veces, cuando el camarero del restaurante pasó a su lado, alzó la vista del plato como disponiéndose a decirle algo. Pero luego, temiendo sin duda que le oyeran los comensales de las mesas vecinas, se arrepintió y puso de nuevo toda su atención en el filete que estaba troceando.

*¡Bah! Tanto presumir de seres excepcionales, y
estamos hechos con tejidos de pésima calidad.
¿No han observado ustedes que el baño prolon-
gado de la vida encoge a los ancianos?*

EL AUTOR.

RAPAPOLVO PRELIMINAR A LOS SUSCEPTIBLES

Ahora que las plumas empiezan a correr con más agilidad sobre las cuartillas, sin tener que tachar y corregir tantos conceptos, sospecho que los susceptibles van a pasarlo muy mal. Y presiento que en las mesas de muchos editores van a surgir verdaderas cordilleras de correspondencia.

Porque la susceptibilidad es, probablemente, la epidemia que más se ha extendido por todo el país en los últimos años. El lector ha ido perdiendo la costumbre de asistir en los libros y periódicos al ejercicio de la crítica; y se lleva las manos a los ojos, para frotárselos llenos de incredulidad, cuando lee un «palo» que alguien da a alguna cosa. Aunque el «palo» sea justo y su propinador haya empapado su crítica en la mismísima razón pura.

—Pero ¿has leído lo que dicen hoy de Fulano? —comentan los lectores, escandalizados.

Dejemos aparte a los autores de comedias, a los alcaldes y algunas compañías que monopolizan ciertos servicios públicos. Ellos han sido válvulas de escape que aliviaron la presa donde fue embalsándose toda la tinta destinada a criticar.

Hechas estas salvedades, observamos que fuera de ellas son pocas las personas que aguantan un «palo», y muchísimas las que ni siquiera resisten un leve papirotazo. Tan leve que podríamos llamarlo un «palillo» de dientes.

Hubo una época no muy lejana en la que si el periodista acusaba de poca diligencia a un solo ordenanza de deter-

minado departamento ministerial, se sentía ofendido el ministerio completo. A esto se debe quizá que muchos ordenanzas actuales sean lentos como galápagos, pues fueron pocos los periodistas que corrieron el riesgo de ofender en bloque a tanta gente importante.

También en aquellos años recuerdo haber recibido cartas en las que varios señores me injuriaban por haber dado su apellido a uno de mis personajes imaginarios.

«Cuando la gente lea su cuento —escribían con letras temblorosas de indignación—, pensará que el protagonista soy yo. Y no tolero que usted me ridiculice públicamente.»

El protagonista fantástico que desencadenó aquellas iras se apellidaba, lo mismo que los comunicantes iracundos, Menéndez. Y no era, ni mucho menos, tan ridículo como esos pocos «menéndeces» que se dieron por aludidos.

—Pero entonces la susceptibilidad nacional atravesaba su período crítico. Y para no herirla había que moverse en las imprentas con un calzado especial: los pies de plomo.

—¡Hay que andar con pies de plomo! —recomendaban los directores de periódicos y casas editoriales.

Aquel calzado se parecía a las zapatillas que nos ponemos al entrar en la alcoba de un enfermo gravísimo, para no herir sus frágiles nervios con el ruido de nuestras pisadas. Los pies de plomo, lo mismo que las zapatillas, servían para amortiguar todos los estrépitos, todos los escándalos. Con ellos, debido a su pesadez, se avanzaba despacio por el campo de las ideas; pero sin molestar a nadie, que era lo que se pretendía.

En cuanto un plumífero alocado se quitaba el plomo de los pies —sólo un momento, para estirar un poco los dedos—, se oían los gritos lanzados por las susceptibilidades heridas.

Yo sospecho que este griterío se oirá ahora con más intensidad que antes. Porque ahora todos los que mueven plumas en el país, van a andar con más soltura. Sin sacar los pies del plato, claro, pero sí quitándoles el plomo que los

lastró. Y durante algún tiempo, hasta que la gente se habitúe a las piruetas que permitirá la agilidad recobrada, muchos susceptibles croarán. Como ranas que nunca consintieron la caída de ninguna piedrecilla capaz de revolver el légamo de su charca.

Esas cordilleras de cartas que pronostico, estarán formadas por montañas de protestas injustas.

No faltarán «menéndeces» tan picajosos como aquellos que yo padecía, que habrán visto alusiones donde no las hubo y su desconocida efigie en fotografías donde nadie los retrató.

Abundarán los funcionarios quejosos de que se emitan opiniones sobre la labor que desarrollan en sus departamentos. Porque muchos han olvidado que la plaza de «funcionario público» la crea el Estado con el dinero público, para que quien la ocupa esté al servicio del público.

Habrá, en fin, quejas suficientes para llenar varios hospitales de susceptibilidades heridas.

Pero no tendrá que pasar mucho tiempo para que se curen del todo estos rasguños. Y los susceptibles, con su respectiva susceptibilidad cicatrizada, se convertirán en sujetos opinables como todo el mundo.

Del robustecido derecho a opinar, saldrá un periodismo más útil y una literatura más jugosa. El escritor, al fin, sentirá que sirve para algo.

Podrá dar rienda suelta a su fantasía por praderas más amplias, sin miedo a tener que frenar su galope por haber rozado sin proponérselo un rábano insignificante que se ocultaba entre la hierba.

Podrá disparar sus ideas directamente al blanco, sin hacerlas describir la fatigosa parábola de la insinuación y el doble sentido.

Podrá meterse en terrenos que nunca estuvieron vedados; pero en los que nadie entraba, no sólo por si las moscas, sino también por si las multas.

Yo, que soy alocado e impaciente como todos los humoristas, quiero anticiparme a esta primavera que se aproxima al jardín de nuestras letras. Y suelto desde ahora la rienda a mi humor, para que sea el primero en galopar por los campos vírgenes que se abren al saludable deporte de reír.

Y al susceptible que le pique la punta de mi pluma, sólo puedo ofrecerle este remedio tan vulgar como eficaz: que pase repetidas veces las uñas de sus manos sobre la zona donde sienta la picadura, hasta que se le calme el picor. (Modo fino de decirle sencillamente que se rasque.)

LA MUERTE DEL TIRANO

Aunque se esforzaba en disimularlo, se advertía que aquel señor con barba estaba nervioso. Varias veces, cuando el camarero del restaurante pasó a su lado, alzó la vista del plato como disponiéndose a decirle algo. Pero luego, temiendo sin duda que le oyeran los comensales de las mesas vecinas, se arrepintió y puso de nuevo toda su atención en el filete que estaba troceando.

Fue al concluir de masticar el último pedazo de filete cuando ya no pudo contenerse más. Y después de mirar a derecha e izquierda para cerciorarse de que sus vecinos se hallaban absortos en el despedazamiento de sus filetes respectivos, hizo una seña al camarero para que se acercara.

Cuando el camarero acudió, el señor con barba le dijo al oído misteriosamente:

—¿Puedo entrar en la cocina a freír una patata?

Al contrario de lo que cabría suponer, esta extraña petición del cliente barbudo no produjo al camarero ninguna sorpresa. La escuchó sin inmutarse, como si estuviera muy acostumbrado a que los señores con barba le manifestaran ese deseo. Ustedes, sin embargo, que parecen personas sensatas a juzgar por el buen gusto que demuestran al elegir sus lecturas, estarán de acuerdo conmigo en que la reacción del camarero no fue normal. Admito que la imaginación humana no tiene límites y que caben en ella los más extraños caprichos. Pero a cualquiera le sorprendería un poco que un señor formalísimo, con barba por añadidura, le pidiera permiso para freír una patata. Sin embargo, repito, el camarero no sólo permaneció impasible, sino que se apresuró a responder amablemente:

—Desde luego, caballero. Pase a la cocina por aquella puerta que hay al fondo del comedor.

—Gracias —dijo el señor con barba.

Y levantándose de la mesa con precipitación, como si le urgiera satisfacer aquel curioso anhelo, desapareció por la puerta que le habían indicado.

Este pequeño suceso no merecería el honor de ser relatado por una pluma ilustre si hubiera concluido allí. Que un señor extravagante se ilusione con freír una patata, no es motivo de suficiente envergadura para distraer al lector de sus ocupaciones. Ni aun suponiendo que la tantas veces mencionada patata fuera un tubérculo fuera de serie, bien por su forma excepcional o por sus exageradas dimensiones.

Si me he permitido relatar este sucesillo, se debe a que fue el prólogo a una serie de desconcertantes acontecimientos que comenzaron a producirse en cuanto el señor de la barba franqueó la puerta que conducía a la cocina.

El primero de esta serie fue la entrada en el restaurante de un individuo muy alto. Iba embutido en un impermeable tan sucio y grasiento, que hacía pensar en que la lluvia no está formada por gotas de agua, sino por goterones de aceite. El portador de tan inmundada prenda, que ocultaba sus ojos bajo unas hirsutas cejas en forma de visera, se aproximó al camarero y le dijo al oído:

—¿Puedo entrar en la cocina a freír una patata?

La reacción del camarero fue idéntica a la que tuvo al oír ese mismo ruego en labios del señor con barba: no se inmutó. Y señalando la puerta que había al fondo del comedor, dijo cortésmente:

—Sí, claro. Por allí.

El individuo del impermeable, después de inclinarse en señal de agradecimiento, hizo mutis también por la salida que le habían indicado.

Y esto fue lo que me impulsó a relatar los sucesos que ocurrieron en aquel restaurante. Porque como ya dije más arriba, puede tolerarse que un señor tenga la rareza de aspirar a freír una patata, sin recoger su aspiración en letras

de molde. Lo que ya empieza a salirse de la lógica y a transformarse en material digno de ser tomado en cuenta por un escritor, es el hecho de que un nuevo personaje aparezca en el mismo escenario con idéntica pretensión.

¡Y lo que resulta francamente asombroso, rayano incluso en lo increíble, es que este raro hecho se repitiera tres veces más! Porque con intervalos de pocos minutos, fueron llegando tres nuevos señores que formularon al camarero la misma pregunta:

—¿Puedo entrar en la cocina a freír una patata?

También este trío de maniáticos, orientado por el camarero, desapareció por la puerta que se abría al fondo del comedor.

Pero lo curioso del caso es que, pese a ser cinco los aspirantes a realizar ese capricho culinario, en la cocina no se oyó ni un solo momento el característico crepitar del aceite en la sartén que acompaña a la operación de freír una patata. De lo cual puede deducirse que la pregunta hecha al camarero del restaurante, tenía doble sentido.

Esta deducción, que sin duda habrá surgido en la despabilada inteligencia del lector, responde plenamente a la realidad. Porque la frase «¿Puedo entrar en la cocina a freír una patata?»... era una contraseña. Y aquellos cinco individuos que la pronunciaron no eran meros «cocinillas» aficionados a hacer comiditas, sino auténticos y peligrosos conspiradores. Al desaparecer por la puerta que les indicó el camarero, no se encaminaron a la cocina para freír una patata, sino que descendieron por una escalerilla hasta una bodega donde celebraban sus reuniones secretas.

La bodega era lóbrega, naturalmente, como todas las bodegas. En aquel recinto sin más iluminación que la de una bombilla débil y de luz rojiza, metida en un cucurucho de papel como un tomate comprado en la verdulería, conspiraban desde hacía mucho tiempo. No es necesario decir que todos aquellos sujetos, miembros de un partido extremista, formaban una célula de choque.

El saludo que intercambiaron a medida que fueron concentrándose en la bodega, consistió en llevarse el dedo pulgar de la mano izquierda a la punta de la nariz. Esta forma de saludar tenía un doble significado simbólico: que el partido era izquierdista, y que se burlaba descaradamente de los prejuicios burgueses.

Se advertía en seguida que el núcleo de aquella célula era el señor con barba. Los que le rodeaban no pasaban de ser el protoplasma. Cuando el barbudo abría la boca, los demás cortaban de un tajo lo que estuvieran diciendo.

—Compañeros —comenzó el núcleo de la célula—, podemos estar satisfechos de nuestra tarea. Uno a uno, hemos ido resolviendo todos los problemas que nos planteaba la realización del atentado. Obrando con perfecta sincronización, se ha logrado que hoy pueda decirnos: todo está a punto.

—¿Y el detalle de la hora? —preguntó un flaco de pelo negro y piel pálida.

—Ya lo tenemos —informó el de la barba, bajando la voz—. Escuchad: el próximo jueves, a las siete y diez minutos de la mañana, el tirano saldrá de su fortaleza.

—¿De pesca? —quiso saber el del impermeable.

—De pesca —confirmó el jefe—. Ya sabéis, por lo tanto, el día y la hora exacta en que realizaremos nuestro plan. Lo demás estáis hartos de saberlo y ensayarlo. El miércoles por la noche, todos ocuparemos nuestros puestos. Cada cual conoce su misión y el modo de cumplirla. Lograremos nuestro propósito, y al fin el país se verá libre del tirano.

—¡Al fin! —repitieron a coro los conjurados, con los ojos brillantes de fanatismo.

—Si alguien tiene alguna duda —añadió el de la barba—, que la esponga para aclarársela.

—Yo quisiera saber —expuso un calvo bajito y corpulento— cuántos miembros compondrán la escolta.

—Sólo dos. Cuando el tirano va a pescar, no quiere que le importunen muchos acompañantes. Aparte del chófer

del automóvil, que tendrá las manos ocupadas en el volante, irá un experto en pesca que le prepara las cañas y las lombrices.

—¿Es seguro que pescará en el recodo del río que hemos previsto? —dijo el del impermeable.

—Segurísimo —afirmó el jefe—. Desde hace una semana, están concentrando allí gran número de truchas para que el tirano pesque en abundancia. Unas redes sumergidas impiden que los peces puedan escapar.

—¿Habrá mucha vigilancia en el recodo? —quiso saber el flaco.

—En total, media docena de guardias forestales, que ya son viejos y tienen mala puntería. Además, están armados de carabinas tan viejas como ellos.

—¿No os parece un poco raro que adopte tan pocas precauciones? —insinuó el calvo, pensativo.

—A mí no —dijo el de la barba—. Lleva tanto tiempo haciendo lo que quiere sin que le ocurra nada, que ha tomado confianza. Y ya sabéis que en la confianza está el peligro.

—Sí, claro —se tranquilizó el calvo.

—¿Alguna pregunta más? —invitó el jefe.

—Sí —dijo el quinto conspirador, que tenía el pelo blanco y hasta entonces no había dicho nada—. A mí me gustaría saber qué ocurrirá después.

—¿Después de qué? —concretó el barbudo.

—Del atentado.

—Pues nos dirigiremos a la frontera cada uno por nuestro lado, como está previsto. Todos lo sabéis de sobra. ¿A qué viene preguntar esa tontería?

—No pregunto lo que haremos nosotros —aclaró el del pelo blanco—, sino lo que pasará en el país.

—¿En el país? —repitió el de la barba, sorprendido—. Pues que al morir el tirano, el pueblo será libre otra vez.

—Eso es —apoyó el del impermeable—. ¡Viva la libertad!

—¿Y quién se hará cargo del gobierno? —insistió el canoso.

—Eso no es cuenta nuestra —se encogió de hombros el barbudo—. Lo importante es acabar con la tiranía. Cuando el tirano muera, el pueblo elegirá el gobierno que más le convenga.

—Pero el pueblo no tiene un criterio unánime —intervino el calvo—. Está fraccionado en muchas tendencias opuestas.

—Prevalecerá la más fuerte.

—¿Eso significa que habrá lucha? —quiso saber el flaco.

—Supongo que sí —dijo el de la barba—. Siempre la hay al producirse un cambio político de importancia. Pero el que algo quiere, algo le cuesta.

—Natural —coincidió con su jefe el del impermeable—. Acordaos de Francia.

—¿Qué pasó en Francia? —dijo el flaco, que andaba flojo en cultura histórica.

—Cuando el pueblo se libró del despotismo monárquico, sobrevino la Revolución Francesa.

—¿Y tú crees que aquí se producirá otra revolución así? —preguntó el calvo, preocupado.

—No lo sé, pero entra dentro de lo posible. ¿Acaso te da miedo?

—En absoluto —se apresuró a declarar el calvo—. Pero hay que reconocer que una revolución nunca es agradable. Sobre todo, cuando se tiene familia.

—¿Tú tienes familia? —dijo el del impermeable.

—Sí. Reconozco que es un prejuicio, pero ya la tenía antes de pertenecer al partido y no la puedo dejar. Porque los niños me necesitan.

—¿También tienes niños?

—Tres —confesó el calvo, un poco avergonzado.

—Los niños son los que más sufren con las revoluciones —opinó el flaco, que también era padre de dos criaturas.

—Claro —dijo el calvo—. Como todo se desorganiza y no hay forma de comprar pan ni leche...

—También los ancianos sufren —añadió el canoso pensando en su madre, que en aquellos días acababa de cumplir ochenta años.

—A mí los sufrimientos no me importan —dijo el de la barba— con tal de recobrar la libertad.

—A ti no, claro —le replicó el calvo—. Como además de huérfano eres soltero...

—Aunque tuviera diez hijos recién nacidos y ocho ancianos padres, pensaría igual —aseguró el barbudo rotundamente.

—Eso habría que verlo —insinuó el del pelo blanco.

—¿Crees que soy un cobarde?

—Nadie ha hablado de cobardía —intervino el flaco—. Prueba de ello es que todos estamos aquí, dispuestos a asesinar al tirano.

—No digas asesinar —se disgustó el del impermeable, que había sentido un estremecimiento al oír ese verbo—. Esto no es un asesinato, sino un atentado político.

—Llámalo hache —dijo el flaco—. Prueba de que somos valientes, es que todos hemos colaborado en la elaboración del plan para librarnos del tirano.

—Desde luego —admitió el canoso—. Y no seré yo quien se vuelva atrás. Pero no me gustaría que, en vez de conseguir la libertad, cayéramos en la anarquía.

—Ni a mí tampoco, mira qué gracia —dijo el calvo—. Ya no soy joven y lo que quiero es vivir en paz.

—En paz y en libertad —añadió el jefe.

—Pero sobre todo en paz.

—También yo —replicó el jefe—. ¿Crees que deseo la anarquía? Pero estoy convencido de que no se producirá.

—Dios te oiga —se le escapó al canoso, que se apresuró a rectificar—. Bueno, quiero decir que ojalá tengas razón. Porque sería una triste gracia que, como dicen los españoles, saliéramos de Málaga para entrar en Malagón.

—¿Qué quieres dar a entender? —quiso aclarar el de la barba.

—Que sería muy desagradable cambiar una situación mala por otra peor.

—Pero ¿creéis que puede haber una situación peor que ésta que nos impone el tirano?

—Peor, no —reconoció el canoso—; pero sí más sangrienta. Hay que reconocer que ahora, por lo menos, hay orden público. Y si a todos los partidos les da por echarse a la calle para conquistar el Poder...

—En todo caso —le tranquilizó el de la barba—, esa etapa anárquica será transitoria. Luego volverá el agua a su cauce, y disfrutaremos todos de la libertad.

—Y de la paz —añadió el del impermeable.

—Todos, menos aquellos que hayan sido arrastrados por el agua —puntualizó el calvo.

—Si sólo fuera agua... —insinuó el canoso—. Lo malo es que la inundación puede ser de sangre.

—¡De sangre, Jesús! —exclamó el flaco con un estremecimiento—. ¡Qué barbaridad!

—No digas bobadas —rechazó el jefe—. Ya no estamos en el siglo dieciocho. En el veinte no ocurren esas cosas.

—¿Cómo que no? —tuvo que rebatirle el del impermeable—. Parece que no lees los periódicos. Yo no digo que aquí vaya a ocurrir lo mismo, pero todos los días estalla alguna revolución en alguna parte del mundo.

—¡Bah! En países de negros —le quitó importancia el jefe.

—Y de blancos —añadió el calvo.

—Pues no hay más remedio que correr el riesgo —cortó el de la barba—. Porque todos estamos de acuerdo en que el tirano debe morir, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —exclamaron a coro los conspiradores.

—Todo será que nos tomemos el trabajo, y que luego no sirva para nada —añadió el de las canas.

—¿Por qué no va a servir? —se extrañó el jefe.